

¡Martes de construir un granero!

Un martes por la mañana, sorprendentemente, Arturo se despertó con los primeros rayos del sol. Este martes no era un martes cualquiera, no. Era el martes en el que iba a construirse un granero.

Durante varias semanas, todos en el Valle Cumbrehermosa habían estado preparándose y reuniendo los materiales necesarios para construir un granero en Colina Ocaso. Todo el mundo iba a asistir al evento: el herrero, el calderero, los tenderos, los rancheros, acompañados de sus familias. Traían toda la madera, el heno, así como los martillos y clavos que se precisaban para edificar el mejor granero del valle. Al terminar, disfrutarían de buena comida y bebida, y bailarían hasta el anochecer.

¡Y por primera vez, Arturo ya tenía edad de ayudar!

En unos minutos, Arturo se vistió y salió disparado por la puerta. Varias carretas ya traqueteaban subiendo la colina, y junto a ellas, las familias caminaban alegremente cargando sus cestas de picnic. Corriendo con todas sus fuerzas, Arturo adelantó a la mayoría de las carretas y alcanzó la cima de la colina.

Enseguida, le llamó la atención la mesa de la comida.

Sin duda, las mujeres del pueblo llevaban días preparando por adelantado la comida, y Arturo podía oler un auténtico banquete, el delicioso aroma de los manjares que se escondían bajo un lindo mantel a



cuadros. Se imaginó que habría docenas de guisos, panes, quesos, tartas y pasteles. Y sobre todo anhelaba que estuviera allí el famoso brownie con dos capas de frambuesa que hacía la Sra. Antonia. Entornó los ojos, arrugando la nariz, tratando de imaginarse la construcción de un granero sin la presencia del famoso brownie. Pero no lo logró.

Se deslizó hasta la mesa de la comida, y extendió la mano hacia el mantel que cubría los alimentos. De repente, escuchó a su espalda la conocida voz del panadero del pueblo.

Éste le señaló con el dedo y en tono serio y grave (el que utilizaba para espantar a los niños necios) dijo:

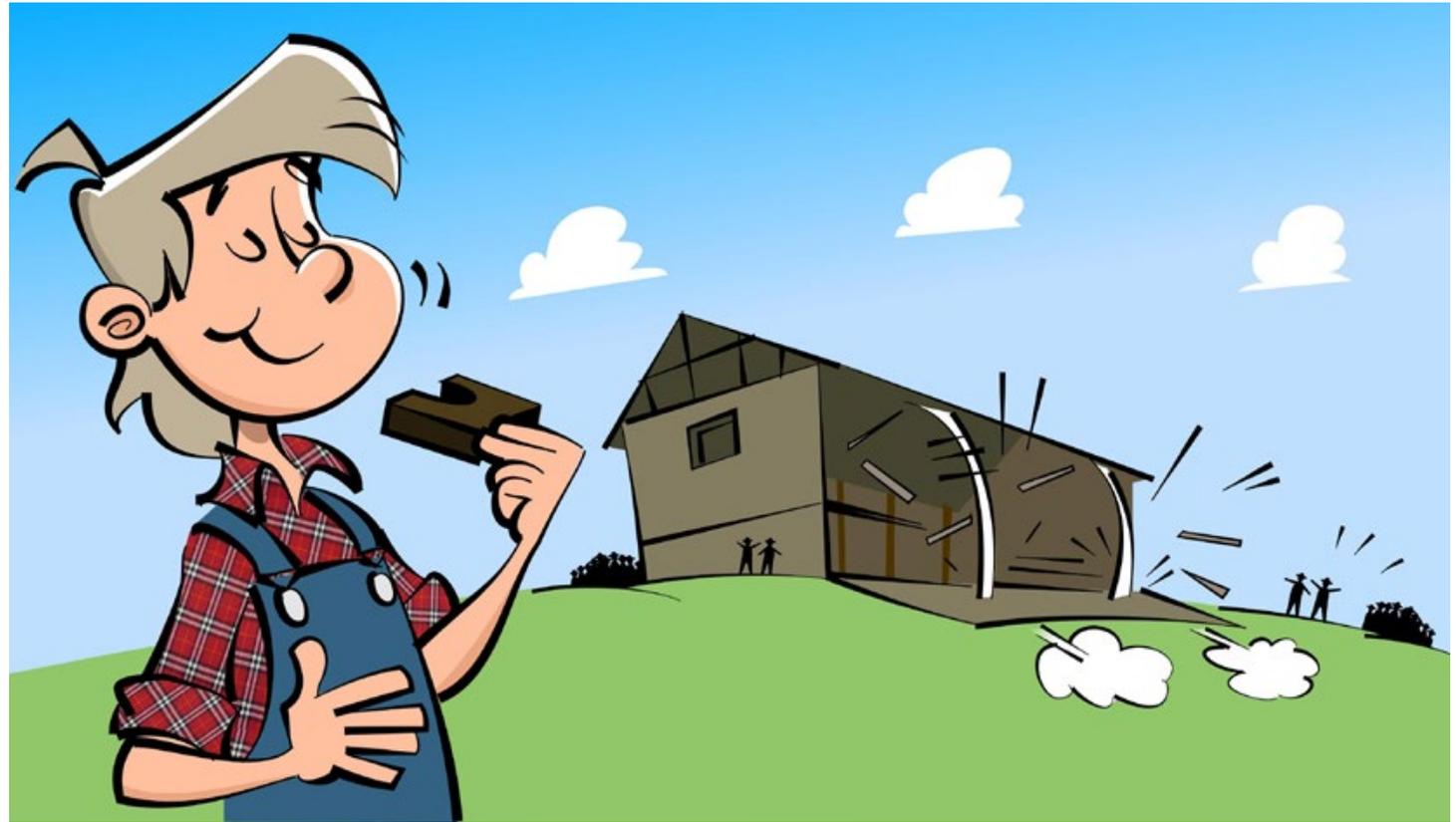
—Arturo, jovencito, tienes que esperar a la comida. Hoy tenemos mucho trabajo que hacer, levanta primero tu parte del granero, y luego podrás levantar el tenedor... pero, no antes.

Al rato llegaron todos y los hombres comenzaron a trabajar. Arturo observaba cómo levantaban el almacén del granero. Cada hombre conocía exactamente su tarea, y lo hacían estupendamente. En lo que pareció solo unos minutos, ya habían levantado la estructura.

Y llegó el turno de Arturo. Se dirigió a la zona que le correspondía y empezó a poner clavos. Al principio empleaba el martillo con entusiasmo, clavando clavo tras clavo en la madera. Aunque no era lo más divertido del mundo, estaba contento de participar en un proyecto importante.

Mientras descansaba un momento, echó un vistazo y miró por encima de su hombro. Todos los hombres que habían levantado el almacén estaban reunidos alrededor de las mesas de comida, *¡comiendo!* Observó incrédulo como los platos iban llenando y vaciando! Los hombres pasaban junto a la mesa, disfrutando de los quesos, zampándose los pasteles de carne, tragándose los refrescos, ¡y cada vez estaban más cerca de la mesa de los postres y de los brownies de la Sra. Antonia!

Arturo examinó la parte de la



pared del granero que tenía asignada y se dio cuenta de que solo iba por la mitad. Calculó cuánto tiempo le tomaría terminarla. Y murmuró:

—¡No puedo esperar tanto!

Sin pensárselo de nuevo, y mejor dicho, sin pensárselo siquiera, a Arturo le entró la prisa. Clavó aquí un clavo de forma descuidada, allí otro de manera chapucera, y bastantes torcidos entre medias. Al poco rato había terminado su tarea, y se dirigió como un rayo hacia los brownies. A los pocos minutos de saborear su postre favorito, se olvidó por completo de todos los clavos extras y del trabajo chapucero que había hecho. En realidad, casi ni se acordaba del granero hasta que el alcalde se puso en pie y gritó:

—Y ahora, el gran final, ¡colocar el tejado del granero!

Apoyaron contra las paredes del granero unas grandes y pesadas escaleras, y los hombres más robustos comenzaron a subir por ellas cargando enormes vigas de roble. De repente, ¡el extremo de la pared que daba hacia el este emitió un fuerte crujido! Los hombres se alejaron volando

del edificio, saltando al suelo y poniéndose a salvo justo antes de que la pared colapsara levantando una enorme nube de polvo en el aire.

Necesitaron varias horas para reparar el daño, y eso le proporcionó a Arturo tiempo suficiente para reflexionar. Ya no le parecían tan importantes los famosos brownies de doble capa de frambuesa de la Sra. Antonia.

Después de que se concluyera la construcción del granero y comenzaran de nuevo las celebraciones, Arturo vio que se le acercaba el alcalde. Las mesas de los pasteles le impedían irse y evitarlo.

El alcalde se le acercó y puso una de sus grandes manazas sobre el hombro de Arturo.

—Sabes, Arturo —dijo, sin sonar enojado—, este no es el primer contrat tiempo que hemos sufrido un martes al construir un granero.

—¿De verdad?

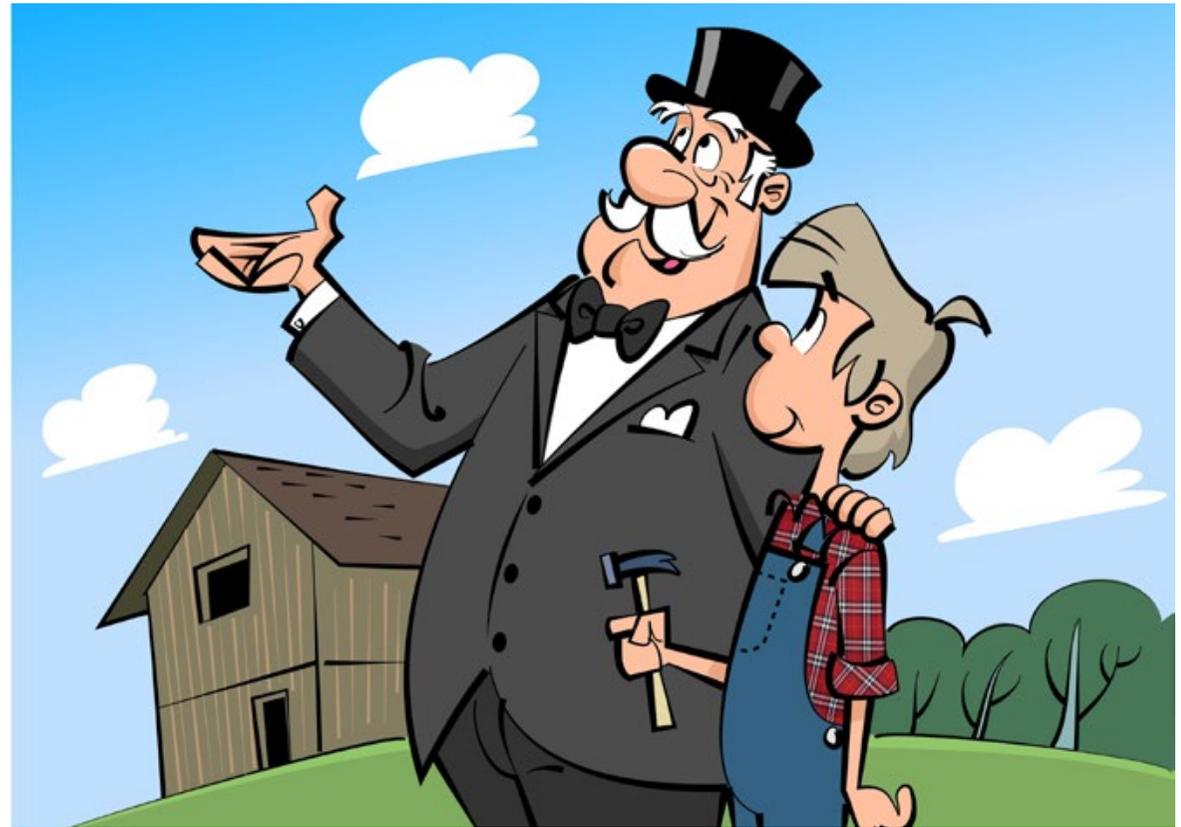
—Pues sí —asintió con la cabeza y con un guiño en los ojos—. Hace mucho tiempo, mucho antes de que tú nacieras, me ocurrió algo muy parecido. ¡Solo que en aquella ocasión todo acabó en llamas!

Arturo arrugó la nariz, tratando de imaginarse cómo el prudente alcalde pudo verse involucrado en algo así.

Le faltó imaginación.

—Todos hemos derribado el granero en una u otra ocasión —afirmó el alcalde—, y creo que ahora eres mucho más responsable que antes. Por eso quiero invitarte oficialmente para el próximo martes en el que construiremos un granero. Creo que esos clavos quedarán mucho mejor la próxima vez.

Arturo asintió con entusiasmo:



—¡Sí, señor! ¡No se preocupe! ¡Trabajaré hasta el final, y no pararé ni un minuto antes!

—¡Sé que lo harás! —contestó el alcalde mientras se volvía hacia la feliz muchedumbre, con su enorme rostro surcado de arrugas al sonreír—. Y algún día, le contarás tu historia a otra persona.

Arturo hizo una pirueta en el aire, y aterrizó con una sonrisa tan grande como la del alcalde. Se imaginó siendo mucho más mayor, mucho más alto y con una enorme barba, repitiendo el relato del día en que derribó el granero. —*Eso* sí que me lo puedo imaginar.

Piénsalo: *¿Te esfuerzas al máximo en cada trabajo que haces? La excelencia es esforzarse al máximo en cada tarea que se nos presenta. Y la recompensa de la excelencia es la satisfacción que brinda un trabajo bien hecho.*

Se encuadra en: Desarrollo personal: Conducta personal: Excelencia-2a

Texto: Stephen Schwartz. Ilustración: Zeb. Diseño: Roy Evans.

Publicado por [Rincón de las maravillas](#). © La Familia Internacional, 2019